



De la competencia

a una convergencia regional del cobre

*Por Jorge Cantallopts,
 director ejecutivo Cesco*

La conversación minera en nuestra región ha estado marcada durante años por la competencia. Competencia por atraer inversión, por acelerar proyectos, por posicionarse mejor frente a los mercados internacionales y por transformarse en el principal destino del capital minero global. Sin embargo, el escenario que comienza a configurarse para las próximas décadas obliga a mirar el desafío desde otra perspectiva.

La magnitud de la demanda futura de cobre es tan grande que difícilmente podrá ser resuelta por un solo país. Los distintos escenarios vinculados a transición energética, electrificación e infraestructura muestran una presión creciente sobre la oferta glo-

bal. Diversas estimaciones apuntan a que hacia 2050 el mundo necesitará producir entre 14 y 20 millones de toneladas adicionales de cobre para responder a los requerimientos de descarbonización.

Esto obliga a ampliar la discusión sobre competitividad minera y sobre la capacidad real de los países productores para responder a una demanda de esta magnitud. La pregunta ya no es solo qué país atraerá más proyectos o cuál crecerá más rápido, sino cómo los principales productores serán capaces de responder a una demanda que exigirá una expansión minera sin precedentes. En ese contexto, Sudamérica aparece en una posición particularmente estratégica dentro del futuro suministro global de cobre. Chile, Perú y Argentina con-

centran una escala geológica que pocos bloques mineros poseen en el mundo. Solo Chile y Perú representan actualmente cerca del 35% de la producción mundial de cobre, mientras Argentina comienza a posicionarse como uno de los territorios con mayor potencial de crecimiento futuro. Visto de manera integrada, el denominado "Triángulo del Cobre" tiene la capacidad de transformarse en el principal polo global de expansión minera para las próximas décadas, lo que le permitiría transformarse en un actor determinante en el suministro futuro de cobre. Sin embargo, continúa operando de manera fragmentada.

Hoy las compañías mineras no evalúan solamente la calidad de los recursos geológicos, sino que también observan la capacidad

La magnitud de la demanda futura de cobre es tan grande que **difícilmente podrá ser resuelta por un solo país.**



Codelco Andina.
 Gentileza Codelco

de ejecución, la estabilidad y eficiencia regulatoria, la infraestructura disponible, el acceso a energía, la disponibilidad de agua y la existencia de proveedores especializados.

Es precisamente en ese punto donde aparece una oportunidad relevante para el desarrollo de una estrategia regional más integrada. Chile posee una industria minera madura, capacidades técnicas desarrolladas y una red de proveedores sofisticada. Perú mantiene una cartera robusta de proyectos y una importante capacidad de crecimiento productivo. Argentina, en tanto, concen-

tra gran parte de las nuevas oportunidades greenfield y un potencial geológico todavía poco desarrollado en comparación con sus vecinos. Las fortalezas de cada país muestran un grado importante de complementariedad.

Mientras Chile enfrenta mayores dificultades para expandir rápidamente su producción, debido al envejecimiento de algunos distritos y de procesos de permisos más complejos, Perú y Argentina todavía cuentan con espacio importante para desarrollar nuevos proyectos. Al mismo tiempo, Chile posee

infraestructura, servicios mineros, capital humano y experiencia operacional que podrían transformarse en un activo regional mucho más relevante.

El desafío de fondo es cómo transformar esa complementariedad en una estrategia efectiva de desarrollo regional y captura de valor. Hasta ahora, la región ha coordinado poco en aquellas capas donde realmente se crea valor, como infraestructura compartida, corredores logísticos, integración energética, cadenas regionales de proveedores, desarrollo tecnológico o capacidades de fundición y refinación, las que siguen siendo abordadas principalmente desde miradas nacionales.

Esta falta de coordinación regional limita la posibilidad de capturar una parte más significativa del valor económico, tecnológico e industrial asociado al crecimiento futuro del cobre.

La experiencia global muestra que la competitividad minera ya no depende exclusivamente de la geología. Australia y Canadá continúan siendo referentes globales no solo por sus recursos, sino por la capacidad de construir ecosistemas mineros articulados, con mercados de capitales profundos, institucionalidad relativamente predecible, legitimidad en los territorios y fuertes capacidades de innovación y exploración. Canadá, por ejemplo, se

transformó en uno de los principales centros financieros de la minería mundial. Muchas de las compañías que exploran y desarrollan proyectos en América Latina se financian precisamente a través de sus mercados. Australia, por su parte, destaca por la intensidad de su actividad exploratoria y por su capacidad para acelerar proyectos mediante estructuras regulatorias más ágiles. En ambos casos existe una visión de largo plazo que entiende la minería como una industria estratégica y no únicamente como una actividad extractiva.

En Sudamérica todavía predomina, en muchos casos, una lógica fragmentada, donde los países compiten entre sí por atraer inversiones mediante menores exigencias regulatorias o incentivos tributarios de corto plazo. La competencia puede ser tremendamente positiva y generar valor, pero cuando se basa principalmente en una carrera por reducir estándares o capturar proyectos individualmente, corre el riesgo de volverse contraproducente para el desarrollo de largo plazo de la región. El verdadero desafío global no es qué país logra atraer un proyecto específico, sino cómo asegurar suficiente oferta futura de cobre de manera sostenible, eficiente y competitiva. Responder a ese desafío requerirá mucho más que proyectos aislados



desarrollados bajo una lógica puramente nacional. La región tiene hoy una oportunidad difícil de repetir. El crecimiento esperado de la demanda de cobre coincide con una cartera relevante de proyectos sudamericanos y con una posición dominante en recursos geológicos. Solo en Sudamérica existe una cartera de cerca de 60 proyectos de cobre en distintas etapas de desarrollo, capaces de aportar millones de toneladas adicionales durante las próximas décadas. Pero transformar ese potencial en producción efectiva exigirá algo más complejo que atraer capital. Requerirá reducir incertidumbre, acelerar permisos sin debilitar estándares, mejorar productividad exploratoria, desarrollar infraestructura y avanzar en formas más sofisticadas de integración regional. La discusión va más allá de

quien captura inversiones, sino en cómo el Triángulo del Cobre puede transformarse en un bloque estratégico capaz de responder de manera más eficiente a la demanda futura. La región puede seguir compitiendo por atraer proyectos, pero al mismo tiempo avanzar en estándares comunes, integración logística, desarrollo de proveedores, infraestructura compartida o incluso capacidades regionales de procesamiento. Asumamos que el cobre dejó de ser únicamente una oportunidad minera y comenzó a transformarse en una oportunidad de desarrollo regional con implicancias económicas, industriales y tecnológicas mucho más amplias, y probablemente esa sea una de las principales discusiones que marcarán la minería en los próximos años. **mch**

Cátodos de cobre